



Opal Carew
A TUS ÓRDENES

A tus órdenes

Opal Carew

Traducción de Ana Belén Fletes

Esencia/Planeta

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *His to Command*

Fotografía de la cubierta: © Shutterstock

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial

Grupo Planeta

Fotografía de la autora: © Danielle Bernier of Danielle Lynn Photography

© Opal Carew, 2013

Publicado de acuerdo con Saint Martin's Press, LLC.

Todos los derechos reservados

© por la traducción, Ana Belén Fletes, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2014

Depósito legal: B. 6.991-2014

ISBN 978-84-08-12816-8

ISBN 978-0-312-67463-2, St. Martin's Griffin, Nueva York, Estados Unidos, edición original

Composición: Tiff i Text, S. L.

Impresión y encuadernación: Gráficas Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

La persecución



¡No podía ser él!

El mero hecho de pensarlo le produjo a Kate un escalofrío a lo largo de la espina dorsal al tiempo que clavaba la mirada a través del cristal de la furgoneta en el hombre perturbadoramente familiar que leía una revista tan tranquilo a menos de un metro de distancia, totalmente ajeno al escrutinio. No, seguramente no sería él. Su imaginación le estaba jugando una mala pasada. Creía que, por fin, había superado el miedo irracional a encontrarse de nuevo con Matt Pearce. Nueva York le parecía muy lejano y allí era donde lo había dejado.

Excepto que dos años no era ni de lejos tiempo suficiente para mitigar su dolor.

Mientras cruzaba la entrada principal del Cavendish Mall, el enorme centro comercial que había cerca de su casa, despacio a causa de la enorme afluencia de clientes por ser época de rebajas tras las vacaciones, se permitió mirarlo de arriba abajo, queriendo convencerse de que aquel desconocido largo y espigado que tenía la audacia de parecerse al hombre que tanto había rogado no volver a ver era sólo eso, un absoluto desconocido. El hombre estaba apoyado contra el muro de ladrillo de la entrada con las piernas cruzadas, como al descuido.

Tenía el abrigo desabrochado, uno de los dos delanteros permanecía abierto al tener la mano metida en el bolsillo.

Hacía un día agradable para estar a finales de diciembre en Connecticut. La ropa que se veía que llevaba debajo —cara y de impecable corte— ponía de manifiesto sus hombros anchos y su cintura estrecha. Como tenía la cabeza inclinada sobre la revista que estaba leyendo, no podía verle la cara, pero sí que llevaba el cabello, oscuro y ondulado, como solía llevarlo Matt.

La brisa le levantó unos mechones que le cayeron sobre la frente y ella se quedó mirando cómo él se los apartaba descuidadamente con unos dedos largos y de piel bronceada. Kate sintió una fuerte opresión en la garganta al recordarse pasando sus propios dedos por el cabello de Matt, el tacto de aquellos mechones contra su piel. Apartó bruscamente tan molestos recuerdos de su mente y se obligó a seguir mirando al desconocido. Al contrario que Matt, aquel hombre tenía el cabello salpicado de canas y era un poco más delgado.

Un repentino bocinazo, que provenía del coche de detrás, le hizo dar un respingo. Estaba formando cola. El desconocido levantó la vista al oír el claxon y...

Oh, Dios mío. O era él o había un doble exacto de Matt Pearce en Connecticut. La negación se apoderó de ella, ignorando las pruebas que le ofrecían sus propios sentidos. Simplemente no podía creer que Matt estuviera allí, tan cerca que podría oír su voz. Durante un fugaz instante, sus miradas se encontraron. Ella sintió como si se le helaran los pulmones, como si alguien le acabara de robar el último aliento. Aquellos ojos inolvidables, del tono del cielo al atardecer, no eran los de un desconocido.

Kate lo vio fruncir el ceño levemente como si se moviera a cámara lenta y a continuación mirarla con los ojos abiertos como platos al reconocerla. La revista que tenía entre las manos cayó al suelo y él dio un paso al frente. En unos pocos

pasos llegaría a la furgoneta. Un pánico que no la dejaba respirar se apoderó de Kate, que se aferraba al volante como si la vida le fuera en ello. No era capaz de obligar a su cuerpo rígido a moverse, ni siquiera al ver que el hombre avanzaba hacia ella. El conductor de detrás volvió a tocar el claxon, rompiendo en mil pedazos el caparazón de miedo que la mantenía inmóvil. Pisó el acelerador y la furgoneta se puso en marcha.

¿Era enfado lo que había visto en los ojos de él al reconocerla?

Kate aparcó en el parquin situado detrás del bloque en el que vivía su amiga Ellen. ¿Qué estaría haciendo Matt en el centro comercial? Se acordó, cómo no, de cuando la hermana y la sobrina pequeña de Matt habían ido a Nueva York de visita y él había salido a comprar recuerdos con ellas. Lo mismo había ido a por algo para la pequeña Lizzie. O tal vez iban a lanzar alguno de esos chismes electrónicos suyos y quería ver cómo se desarrollaba la venta en el mayor centro comercial de la zona. Le gustaba participar muy activamente en esos temas.

Apartó los pensamientos de Matt de su mente y se puso a la tarea de subir la mecedora nueva. De ninguna forma podría haberla metido en su pequeño utilitario, por lo que Ellen le había prestado su furgoneta y un carrito para ir a recogerla. Atravesó el vestíbulo con su nueva adquisición y subió en el ascensor. Una vez desembalada, llamó a Ellen para que fuera a verla.

Kate sacó unos refrescos y se sentó en su mecedora a esperar a su amiga. Lamentablemente, con el cese de actividad, sus pensamientos regresaron al hombre que había visto en Cavendish Mall.

Matt.

¿Era él de verdad?

El vuelco al corazón que sintió cuando sus miradas se encontraron le produjeron esas descargas familiares por todo su sistema nervioso. Seguro que sólo había imaginado aquella mirada cuando él cayó en la cuenta de que era ella. No podía negar que la similitud entre aquel hombre y los rasgos inolvidables de Matt era asombrosa, pero eso no significaba que fueran la misma persona. Además, ¿qué iba a estar haciendo él en Connecticut? Matt era el dueño de una importante empresa informática y...

Se removió inquieta en el asiento mientras los nombres de las compañías de tecnología que tenían la sede principal en la zona acudían a su mente. Se preguntó si la empresa de Matt habría abierto una oficina allí también.

Siguió meciéndose intentando pensar con sentido común. Aquello era absurdo. Estaba basando sus especulaciones en la posibilidad de que el hombre que había visto en el centro comercial fuera Matt, cuando lo más probable era que no fuese así. Se acercaba el aniversario de su llegada a Connecticut, lo que le recordó el caos que reinaba en su vida cuando abandonó Nueva York dos años atrás. Su relación con Matt se había terminado poco antes y a partir de entonces las cosas habían ido de mal en peor, hasta el punto de que había tenido que vender el precioso piso para el que, por fin, había conseguido reunir la entrada que le pedían. A ella le encantaba aquel lugar, le encantaba vivir en la ciudad. Pero no le había quedado más remedio que irse.

No, seguro que su imaginación hiperactiva la había llevado a pensar que era Matt.

Matt Pearce no estaba en Connecticut, de eso no tenía duda.

En ese momento llamaron a la puerta y fue a abrir, agradecida por que le proporcionaran una distracción para sus turbulentas emociones.

—¡Qué bonita es! ¿Puedo sentarme? —exclamó Ellen al ver la mecedora.

Se trataba de una mecedora de roble dorado con tapicería de color beis a rayas y un escabel a juego. Había estado dudando entre el beis y el rojo cereza, pero al final se había decantado por el primero.

—Por favor. —Kate hizo un gesto con la mano hacia la mecedora sonriendo mientras Ellen se sentaba seriamente, acariciando el tejido de los reposabrazos.

—¡Me encanta! —exclamó Ellen.

Kate cortó varias porciones de su famoso bizcocho de limón y arándanos —famoso porque era lo único que sabía hacer— y le dio una a Ellen.

—Pues... —dijo Ellen, dejando las palabras en el aire—. Un hombre guapo vino preguntando por ti esta tarde. Dijo que te había visto conduciendo mi furgoneta.

Kate sintió una oleada de miedo recorrerle el cuerpo como si le hubieran dado una descarga eléctrica. Sus dedos repentinamente adormecidos dejaron caer el tenedor, que chocó con un tintineo contra el plato.

—¿Qué?

Ellen dejó el tenedor en su plato y se inclinó hacia delante con cara de preocupación.

—¿Qué te ocurre, Kate?

—¿Quién era? ¿Lo habías visto alguna vez? —preguntó con una voz asombrosamente firme, como si no le afectara el miedo que iba subiéndole por el cuerpo. «Por favor, Dios mío, que no sea Matt.»

—Pues claro. No voy por ahí hablando con desconoci-

dos, ya lo sabes. Lo conocí cuando se mudó al bloque hace unas semanas.

—¿Cómo que cuando se mudó? —preguntó Kate con una voz destemplada que traslucía tensión. Aquello no podía estar ocurriendo de verdad. ¿Matt Pearce vivía en aquel edificio?

Ellen se puso el plato en las rodillas y tomó una de las temblorosas manos de Kate entre las suyas.

—Cálmate. Te prometo que no le diré quién eres si no quieres. Por eso he sacado el tema. Creo que quiere que os presente para pedirte que salgas con él.

—¿Que salga con él? —Kate negó con la cabeza—. Ah, no, no creo que sea buena idea.

Si era Matt, no sabía por qué la estaría buscando, pero desde luego no sería para salir con ella.

—Dale al menos una oportunidad. Es joven, muy atractivo...

—Ellen, no creo que...

—Y médico. Está empezando, pero...

—¿Que es qué?

—Médico. Pero ¿qué te ocurre?

«Médico.»

Matt no era médico. Era dueño de Cutting Edge Industries, una importante empresa de tecnología.

—¿Cómo era?

Ellen sonrió.

—Muy guapo, eso está claro. Alto, es obvio que hace ejercicio, con el cabello color miel. Y unos enormes ojos marrones en los que una podría perderse.

Todo un partido, vamos.

Kate sintió como si le quitaran un tremendo peso de encima. Respirando de nuevo con normalidad, inspiró pro-

fundamente y se sintió casi mareada. Rompió a reír con estrépito.

—¿Qué te pasa? —preguntó Ellen.

Kate se tapó la boca con la mano para silenciar la risa histérica e inhaló profundamente varias veces más.

—Lo siento. Hoy estoy de un humor raro.

Ellen se quedó mirándola con cierta indecisión.

—Entonces, ¿le digo a Chris que no se haga ilusiones la próxima vez que me pregunte? Pensé que lo mismo te gustaría pedirle que te acompañara a la fiesta de Nochevieja.

«Chris. No Matt.»

Kate ahogó otra risilla nerviosa. Casi se sentía obligada a aceptar los intentos de Ellen de emparejarla para compensarla por su extraño comportamiento, pero lo cierto era que no quería salir con nadie. Se removió en su asiento preparándose para la decepción que le iba a causar a su amiga, otra vez.

—¿Sabes? Aún no estoy preparada...

—Lo sé —la interrumpió Ellen con un gesto de la mano—. Ya me lo has dicho. Por tu modo de actuar, cualquiera diría que trato de obligarte a aceptar un matrimonio concertado. Sólo pretendía que salieras con él —bromeó.

—Lo siento, Ellen. —Kate dejó la taza en la mesita al tiempo que apartaba el perturbador recuerdo de su mente—. Te agradezco de verdad tu preocupación, pero...

—No pasa nada. Lo comprendo. Tengo que aprender a no ser tan avasalladora. —Ellen cogió a su vez una taza de la bandeja que estaba sobre la mesita—. ¿Nos tomamos ese café?

Cuando Ellen se fue, Kate recogió los platos y se metió en la cama. Aún se sentía un poco débil después del shock que había supuesto creer haber visto a Matt, pero se obligó a calmarse y trató de no pensar en ello. Aun en el caso de que el hombre que había visto fuera Matt, ¿por qué iba a estar

persiguiéndola? Puede que hubiera deseado poseerla dos años antes —totalmente y con una obsesión que daba miedo— pero seguro que, después de tanto tiempo, ya no le importaba.

Aquella noche, en la cama, Kate no podía dejar de pensar en Matt. En cómo la había conquistado por completo cuando se conocieron. Guapo, poderoso, carismático. Lo tenía todo. Y su potente masculinidad la había impresionado fuertemente.

Recordó la tercera vez que salieron. El olor a gardenias recién cortadas en un jarrón de cristal sobre la mesa. Velas. La luz de la luna. La mesa para dos en el enorme balcón de su casa con vistas a la ciudad.

Matt, tremendamente atractivo, sentado a su lado, envolviéndole las temblorosas manos en la calidez de las suyas, besándole la palma, desbaratándole los sentidos. Ella se había fijado en la llamativa intensidad de sus atrevidos ojos azules, como si ella fuera la persona más fascinante que hubiera conocido, y, sin embargo, lo había visto vacilar, diríase que inseguro. Hasta aquel momento, Matt Pearce —astuto ejecutivo, dueño de toda situación— jamás había mostrado un ápice de inseguridad. Aun así, había separado los labios como si fuera a decir algo, para a continuación cambiar de idea. Ella se había preguntado qué era eso que había estado a punto de decir, pero entonces le besó la sien y Kate sintió como si la recorriera una corriente eléctrica.

Suspiró y se puso de costado.

Dios bendito. Y la primera vez que tuvieron sexo había estado a punto de desmayarse del anhelo. Él se había mostrado tan... dominante.

Salieron varias veces, y él siempre se había comportado como un perfecto caballero, pero los besos de despedida eran cada vez más intensos, y al final había quedado claro que los dos querían más. Ella también había notado cierta contención en Matt, algo positivo porque cuando experimentó la intensidad del sexo con él, se puso un poco nerviosa.

Pero lo cierto es que había sido una experiencia intensamente erótica.

Cerró los ojos y regresó mentalmente a aquella primera vez. Ella lo había invitado a tomar un café, pero él la tomó en sus brazos en cuanto la puerta se cerró tras ellos. Sus besos llenos de deseo la consumieron y lo deseó más de lo que había deseado a ningún hombre antes.

—¿Te gustan los hombres fuertes y poderosos, Kate?

Tan cerca de ella, tan masculino. Su aliento le rozó la oreja y se sintió desvanecer de deseo.

—Sí —susurró ella.

Él tensó el brazo alrededor de su cintura y la estrechó contra sí. Los pezones de ella se endurecieron, oprimiéndose contra el sujetador de encaje.

—¿Quieres que te toque, Kate? ¿Quieres que te quite la ropa y te toque los pechos?

Ella se estremeció por dentro ante su dominante intensidad, obnubilada por sus ojos.

—¿Que te chupe los pezones duros? ¿Quieres que me los meta en la boca? —siguió preguntando él.

Ella tomó aire, inhalando el aroma especiado y masculino, deseando con desesperación que le hiciera todas aquellas cosas.

—¿Quieres que sea tierno y suave? —Él le mordisqueó

la base del cuello, enviándole descargas eléctricas a todo su cuerpo—. ¿O prefieres que te ponga ahora mismo contra esa pared y te tome salvajemente?

Ella sentía su erección empujándole en la cadera. Era grueso y estaba duro. Más largo de lo que había imaginado. Se tensó por dentro de puro deseo. Deseaba sentirlo dentro de sí.

Jadeante, trató de borrar aquellos recuerdos de su cabeza. Mierda, ahora se sentía frustrada y deseaba que estuviera allí, en la cama con ella. Maldijo a Matt por aparecer y remover aquellos sentimientos. Cada vez que irrumpía en su vida, aunque fuera a distancia como en esa ocasión, la sumía en un caos. El sexo con él había sido alucinante, aunque su propio comportamiento la dejó muy sorprendida, noqueada incluso. Las autoritarias órdenes de Matt habían ido socavando su voluntad hasta que, al final, le había suplicado que la tomara. Que la controlara. Su buena disposición a someterse por entero a él le resultó turbadora. Jamás antes se había comportado de esa forma.

Jamás habría imaginado que permitiría que un hombre la dominara. Que *querría* que un hombre la dominara. Pero lo había hecho. Con él.

Hasta qué punto se había sometido, hasta qué punto había estado dispuesta a suplicar y a concederle un control absoluto la desconcertó tremendamente. ¿Qué decía eso sobre ella?

Un escalofrío la recorrió. Entonces descubrió que confiar en un hombre como Matt Pearce había sido un error.

Kate avanzaba zigzagueando entre la marabunta de clientes que se aglomeraba en el Cavendish Mall con una horrible sensación de claustrofobia. Tras la conversación de la semana anterior con Ellen empezó a preguntarse si había llegado el momento de reconsiderar su vida social. Era el comienzo de un nuevo año, un buen momento para asumir cambios, para intentar encontrar la felicidad. Relajarse un poco tomándose unos días libres en el trabajo podía ser una buena manera de empezar. Llegó a pensar en darle una oportunidad a ese guapo doctor del que le había hablado Ellen, pero al final rechazó la sugerencia de su amiga de invitarlo a la fiesta de Nochevieja porque no se sentía preparada.

Desde que se estableciera por su cuenta tenía la sensación de que lo único que hacía era trabajar, las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, lo que no le dejaba muchas oportunidades de conocer gente. Además, unos dos meses antes, su socio le había dicho que le habían ofrecido un buen puesto en Los Ángeles y que quería hacer uso de la cláusula que había en su contrato de sociedad que permitía que ella le comprara su parte del negocio. Lamentablemente, el problema era que no habían hecho más que empezar a ver beneficios y no tenía el dinero que necesitaba para pagarle su parte, de modo que estaba buscando un inversor y hasta que no solucionara la situación, su vida personal tendría que quedar en suspenso.

Subió a la abarrotada escalera mecánica en dirección al tercer piso. Al cabo de un rato se acercó a una elegante tienda con unos trajes de chaqueta para mujer muy favorecedores en el escaparate.

Entrar en ella fue como pasar de un río de aguas bravas a una silenciosa playa. La gruesa moqueta amortiguó sus pi-

sadas, un bálsamo calmante con respecto a los suelos de mármol del exterior, y la envolvente música apaciguó el acelerado latido de su corazón.

Los elegantes espejos enmarcados en madera, las mesas de cristal ahumado y las sillas acolchadas le decían que aquella no era la clase de tienda a la que estaba acostumbrada. Pero no se dejó intimidar. Si quería conocer a inversores potenciales, tenía que mostrarse segura de sí misma, dueña de la situación y triunfadora. No tenía un presupuesto muy boyante en esos momentos, pero era un paso necesario y los trajes estaban rebajados durante aquella semana.

Deambuló entre percheros de blusas y vestidos, y se dirigió hacia el fondo de la tienda. Echó un vistazo a las hileras de trajes hasta que encontró los de color gris. Prendas de varias tallas colgaban sin vida de las perchas. Examinó la selección buscando su talla y la sacó del perchero.

—¿Puedo ayudarla?

Kate se giró y se encontró con una mujer alta, vestida con un impecable traje negro hecho a medida y camisa de seda blanca.

—Sí, me gustaría probarme este traje.

La mujer sonrió, cogió la percha que Kate tenía en la mano y seguidamente la guio hasta los probadores. Colgó el traje en el pequeño cubículo y se hizo a un lado.

—¿Quiere que le traiga unos cuantos modelos más? Tenemos uno en azul Francia que le quedaría muy bien con su cabello caoba.

—No, gracias. —Kate no quería ponerse colores llamativos—. Pero si tuviera alguno en gris marengo me iría bien.

—También le puedo traer algunas blusas.

Kate asintió y cerró la puerta del probador. Disfrutó siendo agasajada y tentada a realizar un buen dispendio du-

rante la media hora siguiente. La vendedora, generosa en sus halagos, no cejó en lanzarle cumplidos sobre lo mucho que acentuaba su esbelta figura la chaqueta entallada o cómo la abertura sobre la pierna derecha añadía sutilmente un toque seductor sin resultar grosero. Kate se aferraba desesperadamente al sentido común mientras la mujer le sugería una preciosa blusa de seda para el traje y un delicioso abanico de lencería de encaje para llevar debajo.

La blusa era divina, pero ya tenía varias buenas y prácticas en casa. La lencería era otro asunto.

Al principio se negó a probarse nada, hasta que se fijó en un precioso bustier rojo y negro con tanga a juego. No pudo resistirse y se lo probó. Mientras se miraba al espejo —el bustier le realzaba el pecho y perfilaba su cuerpo dándole un aspecto muy sexy con las piernas desnudas—, no pudo evitar pensar en Matt. Le encantaría verla con aquella prenda. Podía imaginar sus ojos azules oscurecerse al contemplarla así.

Sintió una oleada de calor. Le hubiese gustado que la desnudara.

Ay, Dios, pero ¿qué estaba pensando? Matt ya no estaba en su vida, y era por algo. Si volviera a encontrárselo, lo evitaría. No *quería* volver a verlo. No quería hablar con él. Era un hombre peligroso.

Se volvió a poner su ropa y salió del probador. La dependienta ya tenía el traje metido en una bolsa que reposaba tras el mostrador. Kate miró la ropa interior roja y negra que llevaba en la mano y divagó sin decir nada concreto durante unos segundos. Luego tomó una profunda bocanada de aire y la dejó sobre el mostrador.

—Esto también. —Sacó la tarjeta de crédito del monedero.

Matt Pearce no era el único hombre en el mundo. Se merecía tener algo sexy y femenino sólo por sí misma. ¿Quién sabía? Lo mismo las cosas salían bien con el médico.

—¿Quiere también unas medias negras? —preguntó la dependienta.

Kate asintió. ¿Por qué no?

Una vez hecha la compra, la mujer le entregó la bolsa portatrajes, que Kate se puso sobre el brazo, y una bolsita más pequeña con dibujo de cachemir en gris y negro donde iba la ropa interior y las medias.

Se mezcló nuevamente con el flujo de compradores pensando con una sonrisa radiante en la posibilidad de conocer a alguien nuevo. Salir a cenar e ir a algún espectáculo, tal vez. En cuanto solucionara el asunto de su empresa, se centraría en sacar tiempo para recuperar su vida social, para salir a divertirse. Y para encontrar a un hombre con quien presumir de su lencería nueva.

Bajó en la escalera mecánica a la segunda planta con una enorme sonrisa en los labios. Entraría en los grandes almacenes situados en el centro de la zona de compras para darse el capricho de adquirir una laca de uñas nueva.

—¡Kate!

El aliento se le quedó atravesado en la garganta. ¡Esa voz!

Se giró y vio aquello que más miedo le causaba: Matt Pearce. Mirándola fijamente. Inclinado por encima de la barandilla del tercer piso que daba sobre la escalera mecánica, menos de trescientos metros hacia arriba.

Ahogó un grito y miró con desesperación a la marea humana que se apiñaba delante de ella. El pánico se apoderó de Kate. Se abrió paso bruscamente entre la pareja de adolescentes que tenía delante, se excusó con ellos, y conti-

nuó avanzando del mismo modo, ignorando las miradas de reprobación de la gente. Los murmullos de desagrado que oía a sus espaldas le decían que Matt había decidido ir tras ella. Bajó de un salto de la escalera y se mezcló con la multitud.

—¡Kate, espera!

Matt estaba demasiado cerca. Kate se volvió a mirar y vio que se encontraba a pocos metros de ella. Era tan alto que destacaba entre la multitud. Kate se dirigió al centro de la superficie comercial esquivando a la gente como podía. No sabía si podría escabullirse por uno de los pasillos de servicio, lejos de las miradas ajenas. Matt imaginaría que se había dirigido a la escalera normal y seguiría por ahí en cuanto la perdiera de vista.

Pero antes de que pudiera trasponer la esquina, sintió que le tiraban del brazo. Kate gritó y trastabilló. La bolsa de la lencería se le había enganchado con un cartel de información en su rápida carrera. Dio un tirón, pero no se soltó. Sin embargo, un rápido vistazo a su espalda le confirmó que no podía entretenerse con aquello, de modo que, aun reticente, la soltó y siguió corriendo.

—¡Kate!

Pensó que la había alcanzado cuando sintió que una mano le rozaba el brazo entre la marea humana, pero no había sido Matt. Vio en los espejos de una pared cercana que alguien había intentado llamar su atención sosteniendo en alto su preciada bolsa de cachemir, pero no se detuvo. Matt se acercaba a gran velocidad.

De repente, vio entre la aglomeración los espejos que rodeaban un ascensor a pocos pasos de distancia y que las puertas se cerraban. Tomó aire y salió corriendo. Consiguió entrar, pero con ello había hecho que las puertas volvieran a

abrirse. Miró hacia atrás y vio a Matt abriéndose paso entre la multitud. Pulsó el botón de cierre de las puertas.

Los segundos se alargaron eternamente, como si la escena transcurriera a cámara lenta. Completamente impotente, aguantó la respiración con el cuerpo inmóvil observando la separación entre las puertas disminuir poco a poco y a Matt correr hacia ellas con el brazo extendido, intentando alcanzarlas antes de que se cerraran. Kate notó una fuerte opresión en la garganta. La ansiedad la invadió al imaginarse atrapada en el pequeño ascensor sin escapatoria.

Cara a cara con Matt.

El corazón le latía desaforadamente cuando las puertas se cerraron por fin y el ascensor comenzó el descenso.

Kate se apoyó contra la pared, jadeando ruidosamente en el silencio del interior del ascensor. A su alrededor, la gente disimuló cuando se había colocado junto a las puertas dispuesta a salir corriendo en cuanto se abrieran.

Hasta ese momento siempre había detestado la distribución de aquel centro comercial. La escalera normal y la mecánica estaban situadas a ambos extremos de un pasillo estrecho, mientras que el ascensor se encontraba en el centro. Sabía que Matt no conseguiría llegar a una de las escaleras para interceptarla a la salida del ascensor con la afluencia de personas que iban de compras en sábado.

Las puertas se abrieron y salió disparada hacia la puerta principal del centro. Momentos más tarde estaba en su coche, lo abrió y se metió en él. Intentó ponerlo en marcha aspirando grandes bocanadas del gélido aire de enero, pero le costaba controlar la respiración. Se incorporó al tráfico del parquin, pero no pudo evitar ahogar un grito al mirar por el retrovisor y ver a Matt en la puerta principal del centro comercial escudriñando eficazmente la zona del aparcamiento.

El atasco para salir de él abortaba su huida, y se encontraba confinada entre un pilar de hormigón y una estrecha zona de paso para peatones.

Estaba atrapada.

El corazón le martilleaba en el pecho. De un momento a otro la reconocería y entonces sí que no tendría escapatoria. Pero entonces Matt cruzó entre los automóviles por detrás de ella y se metió en la zona de los coches aparcados.

No se dirigía hacia ella.

El coche que tenía delante se puso en movimiento. Pisó el acelerador y avanzó despacio entre el tráfico. Vio por el retrovisor lateral que Matt se dirigía hacia una furgoneta gris y miraba al interior. Se rio con nerviosismo al darse cuenta de lo que ocurría. La semana anterior la había visto con la furgoneta de Ellen. Inspiró profundamente y soltó el aire con lentitud.

Matt creía que conducía un monovolumen.

Cinco minutos más tarde se incorporaba a la carretera y se alejaba del centro comercial.

Si hubiera creído que le serviría de algo, habría acelerado más.

Fruunció el ceño. Matt sabía que era animal de costumbres, y que solía ir de compras todos los sábados a la misma hora aproximadamente. No entendía por qué lo había encontrado en el centro comercial la semana anterior, sin embargo, sí sabía que esa semana estaba esperándola.

Pero ¿por qué?

Oyó que sonaba el teléfono cuando llegó a su apartamento. Abrió la puerta y corrió a cogerlo.

—Kate, gracias a Dios que estás en casa. —La voz de

Ellen sin aliento, al borde de la histeria, le aceleró el pulso. Se aferró al teléfono con fuerza.

—¿Qué pasa, Ellen?

—¿Y tú *me* preguntas que qué pasa? Por el amor de Dios, te he visto corriendo como una posesa por todo el centro comercial con ese tipo pisándote los talones. ¿Qué demonios está pasando?

Kate buscó con desesperación algo que decir para tranquilizar a su amiga, pero fracasó estrepitosamente. Se apretó la frente con la mano y se retiró el cabello.

—Ellen, no ha pasado nada.

—No te creo. Mira, voy para allí y hablamos. Tardaré unos minutos porque estoy saliendo ahora del centro comercial. ¿Quieres que le diga algo al servicio de seguridad de aquí sobre él?

—¿Sobre quién? —preguntó Kate, temiéndose la respuesta de Ellen.

—Del tío que te perseguía. ¿De quién va a ser? Espabila, Kate.

Ésta se dejó caer en una silla del comedor.

—¿Qué tienen que ver los de seguridad...?

—¿Lo dices en serio? Cuando te vi, salí corriendo a pedir ayuda.

Ay, Dios, ¿Ellen había denunciado a Matt? No podía ser verdad. Kate se lo imaginó arrastrado a la comisaría esposado.

—¿Salieron... tras él?

—No, la seguridad del centro comercial no es tan buena como se dice. Estuve a un tris de llamar a la policía de verdad. Si no llegas a coger el teléfono... —Kate oyó que su amiga aspiraba una profunda bocanada de aire para calmarse.

Menos mal. Aun en el caso de que la policía hubiera de-

tenido a Matt, habría conseguido que los agentes se disculparan profusamente con él por haberlo hecho, y puede que hasta se hubieran ofrecido a ayudarlo a buscarla. Tenía la habilidad de volver cualquier situación, por mala que fuera, en beneficio suyo.

—¿Conoces a ese tío? —preguntó Ellen.

—Ellen, yo... No quiero hablar de esto, de verdad.

—Vale, no hablemos por teléfono. —La frustración de la joven era evidente.

Kate imaginó el ceño fruncido de su amiga.

—Pero ahora mismo voy para allá para hablarlo en persona —continuó.

Cuando Ellen llegó, Kate ya había preparado una cafetera y un plato de galletas con chocolate, en su desesperación por distraerse de los agitados pensamientos sobre Matt.

—Ya me estás contando qué pasa —dijo Ellen según entraba—. ¿Quién era ese tío?

Kate le señaló un sillón y ella se sentó enfrente. Sirvió café para las dos de la jarra termo que había puesto en la mesa y después añadió crema y azúcar en su taza. Ellen dio un sorbo de su café solo con la mirada fija en Kate.

—¿Te acuerdas de que justo antes de mudarme tuve una relación que no salió bien?

Eso era lo único que le había contado. Pocos datos y por encima.

—Sí. Por eso no sales con nadie nunca. Imaginé que seguirías colgada del tío.

«Más bien acobardada», pero Kate ni confirmó ni negó las suposiciones de Ellen.

Al ver que Kate no le daba más explicaciones, Ellen abrió los ojos como platos en señal de incredulidad.

—¿Quieres decir que ese tipo era él?